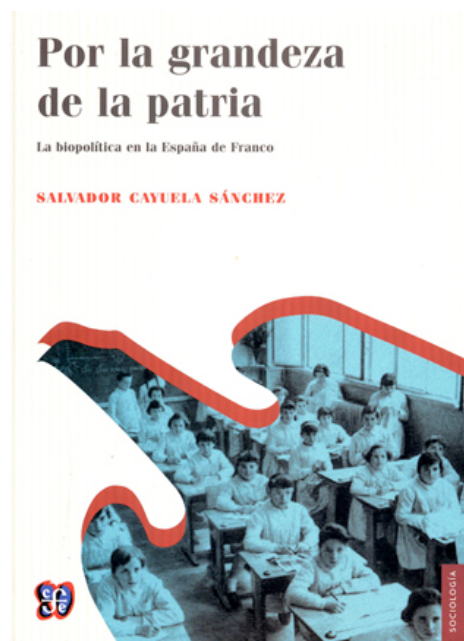


## Centralismo y corporativismo: la biopolítica franquista como cimiento de un nuevo Estado

Cayuela Sánchez, Salvador. *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco (1939-1975)*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2014. Por Sergio Brea García. Universidad de Oviedo



La coyuntura bélica en la que se gestó, triunfó y consolidó el que a la postre sería conocido como régimen franquista, supuso un punto de inflexión –uno más, pero no uno cualquiera- en la larga y zigzagueante historia de España. El enfrentamiento fratricida entre dos de las, como mínimo, tres Españas existentes en 1936 trajo consigo consecuencias nunca antes vistas e incalculables en términos de miseria, penuria y desgarro existencial en un país décadas ha dubitativo y a la deriva, con tendencias inminente y alarmantemente suicidas, aprestado para una

lucha maniquea entre dos formas y razones de ser tan incompatibles entre sí como condenadas a entenderse por el bien no ya de la propia España, sino de todas las Españas, fueran dos, tres, o tantas como españoles.

La comparación con el ámbito médico no es gratuita. La paulatina construcción del franquismo como Gobierno en la sombra primero y como Dictadura de facto después se hizo por la fuerza, sometiendo a toda la población a una represión implacable, constante e infatigable durante cuarenta años. Cuatro décadas de férreo dominio y control a lo largo de las cuales la estructura política y social presidida por el *Generalísimo* logró sostenerse sin apenas fisuras. ¿Cómo fue posible esto? ¿Cómo pudo un sistema autoritario y, siquiera en sus inicios, fascistoide y

semitotalitario, mantenerse en el poder durante tantos años? Y lo que es más importante: ¿cómo logró tal cosa sin encontrarse con resistencia de auténtico calado?

En *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco (1939-1975)*, Salvador Cayuela Sánchez, Doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia, trata de responder a estas y otras preguntas concernientes a los instrumentos empleados por el franquismo a la hora de afianzar, de principio a fin, su posición de dominio inapelable de la sociedad española desde el final de la Guerra Civil en 1939 hasta la muerte, “en la cama”, del dictador, en 1975. En reconocida deuda con el filósofo e historiador catedrático de la Universidad de Cádiz Francisco Vázquez García (*La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España*, Madrid, Akal, 2009) y con Foucault, de quien toma su aparato conceptual y metodológico, empleado en sus análisis arqueológicos-genealógicos, su concepción nominalista del poder (concebido en tanto tal no como una institución, una estructura o una potencia individual, sino como la designación que se da a “una situación estratégica compleja en una sociedad dada”) y a quien da la razón respecto al cambio que se opera entre los siglos XVII y XVIII, en los que la concepción soberana clásica expresada en el lema “hacer morir y dejar vivir” es sustituida por una más biopolítica como “hacer vivir y dejar morir” en aras de un control no solo de poblaciones, sino también -y sobre todo- de individuos, y no solo en las esferas y espacios públicos de su vida, sino, ulteriormente, en todas las esferas y espacios, públicos y privados (en lo que sería un tácito acuerdo con la propuesta del “Estado total” de Carl Schmitt), Cayuela afirma que tales mecanismos fueron mucho más allá de la simple amenaza y la continua opresión y represión. Entendiendo por biopolítica un conjunto de mecanismos cuya finalidad es la conducción de conductas y fenómenos naturales vinculados al ser humano, entendido a su vez como organismo y especie viviente, sometido por tanto a multitud de procesos biológicos de alcance eminentemente colectivo –v.gr.: índices de natalidad, de higiene, de mortalidad, de morbilidad, de duración de la vida, etc.–, se aventura a hablar de una “biopolítica franquista”, esto es, de un conjunto de “dispositivos disciplinarios” [que afectan al cuerpo individual] y “mecanismos de seguridad” [que afectan al cuerpo colectivo] constituyentes e idiosincrásicos de la Dictadura franquista, los cuales, con sus éxitos y sus fracasos, permitieron a esta “democracia orgánica” corporativizarse al estilo nazi-fascista (y eclesiástico;

recordemos las encíclicas papales *Rerum novarum* (1891), de Leon XIII, y *Quadagesimo anno* (1931), de Pío XI, precedentes directos del corporativismo organicista) y, por tanto, inmiscuirse en todas las esferas de la vida pública e incluso privada de los españoles, de forma tanto o más efectiva que la de otros regímenes de idénticas o muy similares aspiraciones, como el fascista en Italia o el nazi en Alemania. En dichos “dispositivos” y “mecanismos” –y no en el uso exclusivo de la fuerza bruta– radicaría el verdadero secreto de la –de nuevo con Foucault– “gubernamentalidad” del régimen, así como de su longevidad.

Partiendo de este objetivo, Cayuela emprende una obra que aúna investigación histórica con crítica política y reflexión filosófica y con la que realiza una inestimable contribución a los ámbitos de estudio de la biopolítica y del totalitarismo (y, dentro de este, al análisis de la biopolítica nazi), introduciéndose de lleno en el debate sobre el carácter fascista o más bien fascistoide del gobierno franquista (que admite, pero solo entre 1939 y 1959). Con ello pretende hacer hincapié en su faceta bipolar, desconocida pero fundamental de cara a la comprensión de la naturaleza de un régimen que, imbuido en sus comienzos de las fortísimas ínfulas e influencias nazi-fascistas de su entorno más inmediato (véanse la “Teoría de la Defensa Social” en su versión biologicista y eugenésica –solo limitada, durante el franquismo, por el rasero católico– o los trabajos de Antonio Vallejo-Nájera y Juan José López Ibor), logró permanecer en el poder durante cuatro décadas a base de violencia y coacción, sí, pero también de una deliberada gestión de los cuerpos y las conductas que le permitió sortear y, más aún, adaptarse a cuantos escollos tuvo que enfrentar a lo largo de cuarenta largos y convulsos años repletos de cambios y variaciones en el mundo de la Guerra Fría, del crecimiento y maduración del Estado del Bienestar, de la apertura de los mercados, del incremento del poder adquisitivo de las clases trabajadoras, de la consecuente expansión del consumo y de la generalización y democratización de los bienes tecnológicos. Solo a través de semejantes “mecanismos” pudo sobrevivir un modelo, por lo demás, anclado en los años 30, desfasado en los 40 con la caída del nazi-fascismo, y poco menos que anacrónico a partir de los 50, cuando una Europa en pleno proceso de salida de su segunda posguerra trataba de poner los cimientos para un futuro pacífico, amistoso y común, vale decir, para lo que hoy en día es la Unión Europea.

Con miras a explicar el surgimiento y progresiva implicación de tales mecanismos, Cayuela vertebró su obra en torno a dos partes claramente diferenciadas, correspondientes, de modo respectivo, a dos periodos históricos (simbólicamente separados por el decisivo Plan de Estabilización de 1959) dentro del franquismo: un primer franquismo que considera totalitario (1939-1959), y un segundo franquismo que –*conatus essendi* mediante– considera autoritario (1959-1975). En el análisis de ambos lapsos de tiempo pone su atención en tres grandes esferas de gobierno de la vida social, a saber: 1) relaciones económicas y laborales; 2) relaciones sexuales y reproductivas; y 3) relaciones de producción y de transmisión del universo simbólico. Así, dentro del primer franquismo examina tres ámbitos de influencia o concentración biopolítica: 1º. el “orden de los bienes” (es decir, autarquía y sindicalismo vertical; suerte de trasunto del Estado-Leviatán hobbesiano como cuerpo autónomo); 2º. el “orden de los cuerpos” (es decir, medicina, asistencia social y “patologización” de toda disidencia; suerte de trasunto de las políticas biológicas y raciales nazis); y 3º. el “orden de las creencias” (es decir, medios de comunicación, Frente de Juventudes, Sección Femenina y sistema educativo; suerte de trasunto del característico proceder totalitario). A través de esos órdenes, el componente ideológico totalitario habría quedado sobradamente acreditado, introduciéndose, de forma más o menos consciente pero siempre intencionada, en la vida cotidiana de la población.

Dentro del segundo franquismo, Cayuela cambia de tercio -en consonancia con el viraje que hace el régimen- y se centra en la inflexión que supuso para el funcionamiento y día a día de la Dictadura el Plan de Estabilización de 1959, programa de evidente cuño modernizador y desarrollista que traería consigo reformas estructurales de enorme profundidad (ligera apertura al capitalismo, transformación de las relaciones laborales, creación de una Seguridad Social al modo europeo, etc.) y que, como era lógico, vendría acompañado de ciertas tensiones fruto del contraste entre la naturaleza eminentemente liberal de las modificaciones y la simultánea intransigencia de los próceres de la Patria, tan reacios a perder sus atribuciones y puestos de poder frente a una población a la que controlaban en la misma proporción que la tenían, siendo este temor no otra cosa que un remanente

del reconocimiento tácito de la ilegítima fundación de la Nueva España, la cual ni con toda la propaganda de que era capaz el Gobierno parecía poder ser limpiada de sangre.

Empero, durante gran parte de la vida del régimen dicho temor fue más infundado que lógico. En efecto, pronto los dispositivos biopolíticos que Cayuela señala en su libro (el sindicalismo vertical, la Sección Femenina de Falange, el Frente de Juventudes, etc.) comenzaron a dar sus frutos, y si bien se demostraron ciertamente incapaces de cumplir con algunos de los objetivos de las autoridades (como la formación de un espíritu comunitario y de una identidad fervientemente nacionalista, el encuadramiento de toda la sociedad en los diversos “órganos” del “cuerpo nacional” o la plasmación efectiva de una voluntad entusiasta y jovial por parte de todos los miembros de la comunidad, con especial atención a los jóvenes), no lo fueron, ni mucho menos, a la hora de consumir otros (en concreto, la desmovilización de las masas, tornándolas mansas y apáticas en cuestiones políticas). Cayuela insiste en este aspecto, puesto que al contrario que otros historiadores o estudiosos del franquismo, él considera que el cumplimiento de estos últimos objetivos no solo era prioritario respecto al de los primeros, sino que, además, y precisamente por ello, era crucial, puesto que eran la verdadera condición de posibilidad de la subsistencia del régimen a medio y, sobre todo, largo plazo, lo que, en resumidas cuentas, supondría, en el cómputo global, un éxito institucional antes que un fracaso.

En este sentido, el régimen, consciente de que la violencia puede aunar al poder, pero no sancionarlo, tuvo que echar mano de una serie de medidas de palmario sesgo biopolítico que contribuyeron a legitimarlo (en la medida en la que ello era posible) y que Cayuela enumera y desglosa. Se trata de medidas para los trabajadores (como el Seguro Obligatorio de Enfermedad (SOE) y su posterior reconversión/evolución a Seguridad Social), para las mujeres (las Granjas-Escuela y las Cátedras Ambulantes de la Sección Femenina de Falange, el Servicio Social para mujeres solteras de entre 17 y 35 años, la Obra Nacional Sindicalista de Protección a la Madre y al Niño, los Institutos de Maternología y Puericultura, las Colonias de Reposo y Recuperación para madres trabajadoras, el Cuerpo de Divulgadoras

Sanitario-Rurales, etc.), para la población en general (el Auxilio Social, inicialmente denominado “Auxilio de Invierno” por traducción casi literal de su equivalente y modelo, el *Winterhilfswerk* nazi) y, por supuesto, para los “vagos y maleantes”, también conocidos como disidentes (que en el peor de los casos eran internados en campos de concentración, y en el mejor, ingresaban en el Servicio de Redención de Penas por el Trabajo, presentado como método de compensación social y redención individual, beneficioso para el Estado en lo económico y para el reo en lo moral). Medidas todas pensadas y ejecutadas para prevenir, además de cualquier conato de rebeldía, el insospechado pero potencialmente funesto problema que podía acarrear una población peligrosamente empobrecida y, por extensión, peligrosamente molesta, no obstante el perenne miedo a otro conflicto armado.

Y es que, como cualquier dictadura que se precie, también la de Franco necesitaba recabar apoyos populares a toda costa, si no para vitorear al régimen, al menos sí para tolerarlo. A esa meta se dedicaron la mayor parte de los primeros esfuerzos, siquiera hasta la llegada del Plan de Estabilización, momento en el que el objetivo número uno pasaría a ser moldear a un “nuevo hombre” español en el cual, de entre todas las virtudes retóricamente atribuidas a él en los años precedentes (arrojo, patriotismo, dureza, espiritualidad, abnegación, austeridad, sobriedad, sacrificio), debía descollar la de la lealtad a la causa nacional (católica) y la de la fidelidad al Caudillo, representante supremo y sin mácula de todos los valores de la “españolidad”, materializados en su única y excepcional persona. En otras palabras, la de la obediencia ciega. Y para conseguirlo era esencial despolitizar tanto como fuera posible a la población, siendo este, de hecho, como ya hemos señalado siguiendo a Cayuela, uno de los propósitos decisivos de las autoridades franquistas, sino *el* propósito decisivo.

Tanto es así que Cayuela llega incluso a sugerir que uno de los ideales más perseguidos por las autoridades era, ante la aparente imposibilidad de alumbrar a un hombre (y a una mujer) entusiásticamente entregado a la citada causa nacional, uno que al menos careciese de toda capacidad contestataria, esto es, un *homo patiens*, “obra predilecta del régimen”, forjado de manera consciente por el sistema y que se definiría por ser “un sujeto resignado, un individuo capaz de soportar las

privaciones en pro de la grandeza de la Patria”, constituyente de “una sociedad sumisa, productiva en lo económico y sometida en lo político, resignada a su realidad y al silencio de lo cotidiano”, lo cual explicaría, además de la trayectoria vital de la Dictadura y el progresivo distanciamiento de la familia falangista (o al menos de sus elementos más revolucionarios) de los puestos de poder, la decisión tomada por los gabinetes de Franco (hasta la Ley General de Educación de 1970) de ceder la práctica totalidad de las competencias educativas a la Iglesia, especialista en la propagación de ideales ascéticos y de resignación estoico-cristiana, actitudes que, a juicio de Cayuela, se han mantenido relativamente constantes hasta el día de hoy (si bien cabría la posibilidad de que movimientos como el 15M y posteriores, de los que no dice nada, pudieran entenderse como un “desembarazo” de esa mentalidad).

Así, la sociedad española de los años 30 a 70 se fue configurando desde arriba y desde el centro, de acuerdo con los designios del dictador, que de cuando en cuando gustaba de presumir ante el mundo (y presumiblemente ante Dios) de haber mantenido a su otrora indómito país en paz al más puro estilo hobbesiano (mejor un mal gobierno, por tiránico o déspota que sea, que ninguno), cosa que efectivamente consiguió, pero, como muestra Cayuela, de forma mucho más “sutil” –léase biopolítica- de lo que a priori pudiera antojársele al historiador, haciéndose manifiesto, a este respecto, el talante filosófico del propio Cayuela, cuyo elaborado manejo de las ideas le permite poner de manifiesto una realidad, la del franquismo, mucho más insondable de lo que se suele reconocer.

Es por esto por lo que, en definitiva, su trabajo, en tanto estudio histórico, político y filosófico, merece la atención de todo aquel especialista en biopolítica y aun de cualquier interesado en esta materia o en la comprensión de un régimen fenecido hace más de cuarenta años (periodo mayor ya que el de su propia vida) pero cuya sombra, a diferencia de las sombras fascista y nazi en Italia y Alemania respectivamente, parece, por unas u otras razones, por unos u otros intereses, no querer disiparse aún hoy.